

Producir un médico en América Latina supone una cuantiosa inversión, de la que en buena parte se benefician los Estados Unidos. Por citar sólo un año, el de 1971, los 5.756 médicos que se instalaron en USA procedentes de países subdesarrollados "ahorraron a EE. UU. una suma global equivalente al rendimiento anual de la mitad de las ciento veinte Escuelas de Medicina existentes en el país".

Mayor interés aún ofrece, por el general desconocimiento que aquí existe sobre la realidad social en Estados Unidos, el análisis de la estructura de clases en ese país que ofrece el autor. La salud es uno de los más brutales reveladores de la estratificación social en USA, que muchos sociólogos han pretendido escamotear en sus formulaciones de Estados Unidos como "un país de clases medias". Navarro recuerda aquí las palabras del fundador de la Medicina social, Virchow, de que la misma denominación de Salud Pública "demuestra la magnitud del error de quienes opinaban y siguen opinando que la Medicina no tiene nada que ver con la política". Y en Estados Unidos, afirma Navarro, es necesario profundizar la democracia si se quiere lograr una salud pública que sea verdaderamente pública. Porque "la producción de libertad y de democracia y la producción de salud son en realidad la misma cosa".

Especial interés y profundidad tiene el ensayo dedicado a la crítica a Ivan Illich y más en general a los ideólogos del industrialismo que afirman que las organizaciones sociales de hoy hallan su definición en la naturaleza industrial y tecnológica de su conformación. Los famosos "diagnósticos" de Ivan Illich sobre la iatrogenesis clinica y social —es decir, las enfermedades creadas por la propia Medicina y la adicción de la gente a la asistencia médica y al consumo farmacéutico— llevan implícitos, para Vicente Navarro, la confusión de la causa con el síntoma. De esa adicción o comportamiento consumista de nuestras sociedades, Illich hace responsable a la burocracia médica. Para el doctor Navarro, en cambio, esa burocracia médica no es la causa, sino un síntoma de algo ya dado —unas relaciones sociales de producción capitalista— y como tal un mero instrumento de reproducción del sistema, que refuerza y aprovecha la *necesidad creada de consumir*. Es decir, la clase médica denunciada por Illich no es generadora, sino administradora del sistema consumista.

No son, pues, cambios culturales como los que preconiza Illich —con gran satisfacción para la burguesía— lo que puede invertir el sistema, sino cambios políticos profundos.

Pero la obra de Vicente Navarro desborda con mucho el ámbito de la salud en su exploración del sistema capitalista. Es una exploración efectuada desde el centro mismo del sistema y por quien lo conoce bien a través de muchos años de residencia en el corazón del mismo. Es una de las obras más lúcidas y penetrantes sobre la sociedad capitalista que nos haya sido dado leer en los últimos tiempos. Claridad de forma y claridad de fondo. Absolutamente recomendable.

MIGUEL SALABERT

Elogio desmedido de...

MANUEL VÁZQUEZ MONTALBÁN

JOSE AGUSTIN GOYTISOLO

Es un rojo. Ahora estoy seguro de lo que digo: es un tremendo rojazo. Síntomas de su actual y patente desviación mental y sentimental los había percibido, sueltos, desde que le conozco, al principio de los años sesenta, pero no les di importancia, ni los uní en el cuadro general de su caso clínico. Estudiaba Filosofía y Letras y Periodismo —para infiltrarse, claro, pienso ahora— y se me acercaba con otras gentes —Salvador Clotas incluido—, para pedirme que fuese a leer poemas y enseñara mi perfil a los chicos y chicas de la Universidad. Eso me halagaba: por aquellos años yo tenía un perfil divino de revolucionario que entusiasmaba a las masas estudiantiles, y provocaba grandes algaradas y disturbios, que terminaban con quema de retratos y banderas victoriosas, golpes y empapelamientos. Pero Manuel Vázquez Montalbán, al poco, insistía otra vez:

—Venga usted a enseñar su perfil y a decir cuatro tonterías, señor Goytiso, que esta vez tengo las condiciones objetivas como nunca; y unidos intelectuales, estudiantes y obreros...

Me gustaba que Manolo me llamara señor y me tratara de usted, y que considerase la importancia de mi perfil, y eso me hacía no ver lo evidente: era ya un enano infiltrado, un enano con un par de condiciones objetivas como las del caballo del Espartero.

En una de éstas, le pillaron en el tumulto que se organizó con alguno de mis destapes demagógicos, y me enteré de que estaba en la cárcel de Lérida (*La Presó de Lleida* para los folklóricos catalanes, revolucionarios o no), cocinando platos complicados para Salvador Clotas y otros rojos, y que había escrito un libro de poemas. Mi mala conciencia por lo del perfil me lo hizo leer, y mi buena conciencia literaria lo encontró excelente: el libro se llamaba *Una educación sentimental*. Cuando se publicó, fue un éxito; pero yo aún no había caído en la cuenta de la verdadera catadura moral del tal Vázquez.

Repaso papeles, memoria, fichas y fotos, y encuentro una posible explicación de mi desconcierto de entonces: Manolo era tímido como una flor de jara, miopo y gordito como el niño que todos quisiéramos tener —las mujeres aún más, todas le adoraban, pobrecito, tan triste, cuánto habrá sufrido, decían las muy zorras—,

le gustaba cocinar, jugar al ping-pong, beber vino de Fefiñanes y fornicar discretamente en cualquier sitio, con quien fuese, a cualquier hora y con cualquier excusa.

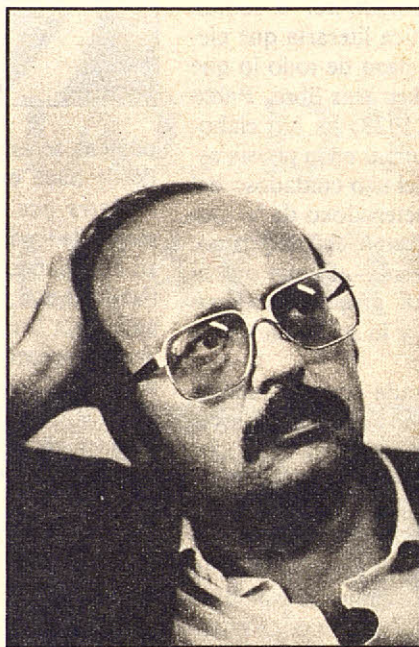
—José Agustín —por entonces me apeó, a la vez, del señor y del usted, y yo sin darme cuenta, seducido que estaría—, José Agustín, fundemos una revista.

—Fundemos, si hay capital, fundemos.

Esto me tranquilizaba, pues por entonces las revistas se fundaban pero nunca llegaban a editarse. Pero aquella se publicó. Se llamó *Siglo 20*, era semanal y pasó largos los treinta números.

Allí se evidenció aún más su infiltración corta de talla, maçonica y lo demás: los lectores estaban asustados con tanta condición objetiva, tanta superestructura y tanta capacidad de síntesis. Y claro, después de algo más de medio año, se acabó la broma.

Entonces Manolo Vázquez empezó a escribir en todas partes: revistas y periódicos iban llenos de columnas con su firma. Era una labor de zapa a escala nacional. Para hacerse perdonar en Cataluña tanta zapa nacional y en castellano se hizo socio del Fútbol Club Barcelona y del PSUC, y publicó novelas en las que el



policia, era el bueno (eso fue para contentar a los de la Brigada Política Social, que eran muy ingenuos e infantiles). En estos libros me hace aparecer como fugaz amante de Jacqueline Kennedy —falso, falso— o dando conferencias en Bogotá o en Bangkok —no tan falso— y me saca en su *Manifiesto Subnormal* —aquí es más clara mi aparición en obra de tal tema—.

Ultimamente ha vuelto a insistir, y es por él que escribo en esta revista. Pero sigo sin ver del todo su jugada. Si él es un rojazo, ¿por qué le dejan escribir en *La Calle*, que es una revista seria y de derechas, como todas las publicaciones que se atribuyen al PC? ¿Será que ni César Alonso de los Ríos ni el mismísimo Carrillo se han enterado aún de que Manuel Vázquez Montalbán es un rojo? ¿Me habrá colocado a mí en esta revista para despistarles? Algo se trae entre manos. ¿Se quiere comer mis fincas? ¿Anhela quedarse con Julia y con la Ton? ¿Le gusto?

A ver, Manolo, dime ya lo que quieres, que esto es un tormento y que estoy que no vivo. ●